



**desdelosimple**

Para contemplar la vida

Domingo XXIII del Tiempo Ordinario  
Ezequiel 33,7-9; Salmo 94; Romanos 13, 8-10; Mateo 18, 15-20  
Septiembre 6 del 2020

## Consejos para nuestra libertad

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

En el ser humano existe el anhelo de libertad, ya que puede considerarse uno de los valores por medio de los cuales cada individuo puede experimentar que su proyecto de vida se desarrolla de manera consciente y le permite hacerse cargo de sí mismo. Si consideramos desde la fe la libertad como un don de Dios que procede de abrazar la Verdad, “la verdad les hará libres” (Juan 8, 32) entonces entendemos la necesidad de formar nuestro criterio de elección para que al decidir responsablemente permanezcamos en el camino que conduce a la Santidad a la que hemos sido invitados. En esta formación es de vital importancia atender a los buenos consejos, al respecto nos dice Santo Tomás de Aquino: “En el hombre existe el libre albedrío, de otro modo serían vanos los consejos” (De Ver., q. 2, a 12). En este sentido les invito a escuchar los consejos que brotan de la Palabra de Dios que meditamos en este 23º domingo del tiempo ordinario.

Para alcanzar nuestra libertad, es necesario asumir una respuesta acorde a nuestra vocación. La primera lectura nos presenta en este sentido una instrucción muy clara; el profeta ha sido designado como “centinela de Israel” y lo propio del centinela es poner en alerta a la comunidad sobre las diferentes amenazas que le circundan, para ello debe estar en vela y transmitir oportunamente las alertas. El profeta debe anunciar en todo momento la Palabra que le ha sido dirigida. Su libertad de consagrado por Dios, se manifiesta en la responsabilidad que tiene de enunciar el mensaje, de allí en adelante las consecuencias están en cada individuo por la escucha o no del mensaje anunciado. Pero si el mensaje es retenido o callado, es el mismo profeta quien las carga sobre sus hombros, es a él a quien se le pedirán cuentas. Este es realmente un signo especial de nuestra libertad, el Señor nos ha concedido la libertad para la respuesta y nos ha elegido como profetas en la unción bautismal.

Toda elección de parte de Dios, es manifestación plena de su amor. Al llamarnos a ser sus hijos e hijas, nos recuerda que el signo evidente de nuestro profetismo es vivir en la relación de amor que se evidencia en nuestro Dios Uno y Trino “comunidad de amor”. Para que en libertad podamos asumir



la búsqueda de la plenitud de la ley en el amor, Pablo nos aconseja con una máxima que podríamos tener en nuestra vida: “A nadie le deban nada más que el amor mutuo” (Rm 13,8).

Es precisamente la perfección del amor, la que abre el camino de la reconciliación manifiesto en el consejo que nos da el Evangelio. Aquí Jesús nos muestra que al ser parte de una comunidad, o miembros de un mismo cuerpo, cada miembro con sus acciones afecta a la totalidad de la misma manera que se beneficia de ella. Hoy se nos presentan tres elementos que fortalecen la identidad de nuestra Iglesia: la corrección fraterna, el perdón de los pecados en el seno de la comunidad y el valor de la oración. Estos elementos asumidos como una respuesta de fe, nos permiten experimentar la Libertad que nos ha sido otorgada por el Padre. En este punto reflexionemos sobre la enseñanza catequética de la Iglesia que da un consejo para la formación de la libertad en el hogar:

Los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos. Testimonian esta responsabilidad ante todo por la creación de un hogar, donde la ternura, el perdón, el respeto, la fidelidad y el servicio desinteresado son norma. La familia es un lugar apropiado para la educación de las virtudes. Esta requiere el aprendizaje de la abnegación, de un sano juicio, del dominio de sí, condiciones de toda libertad verdadera. Los padres han de enseñar a los hijos a subordinar las dimensiones “materiales e instintivas a las interiores y espirituales”. Es una grave responsabilidad para los padres dar buenos ejemplos a sus hijos. Sabiendo reconocer ante sus hijos sus propios defectos, se hacen más aptos para guiarlos y corregirlos: «El que ama a su hijo, le corrige sin cesar [...] el que enseña a su hijo, sacará provecho de él» (Si 30, 1-2). «Padres, no exasperen a sus hijos, sino fórmenles más bien mediante la instrucción y la corrección según el Señor» (Ef 6, 4) (Catecismo de la Iglesia Católica n. 2223)

Animados con estos consejos, fortalezcamos la oración pidiendo al Padre el auxilio del Espíritu Santo para que escuchando su instrucción asumamos en libertad el camino señalado por el Hijo, y podamos de esta manera llegar a contemplar la gloria que mereció María nuestra Madre, a quien confiamos nuestra protección.